

DIARIO DE MURCIA.

Sale todos los dias excepto los lunes.—Se suscribe en Murcia, en la libreria de Carlos Palacios á 6 rs. cada mes y 8 fuera franco de porte.—Los anuncios se insertarán á medio real por linea.

PARTE OFICIAL.

Orden de la plaza del 4 de Setiembre de 1851.

Servicio para mañana, el que está prevenido y por los mismos cuerpos.—Gefe de dia, el Teniente Coronel segundo Comandante de la Princesa, D. Serafin Aymat.—Hospital y provisiones, Jaen.—El General, Comandante General: P. Musso.—Es copia: El Secretario interino, José Navarrete.

La Gaceta del 29 inserta el siguiente

PARTE TELEGRAFICO.

Sevilla 28 de agosto de 1851 á las cuatro y cinco minutos de la tarde.

El ministro de Gracia y Justicia al Excmo. Sr. presidente del Consejo:

«En este momento acaba de dar felizmente á luz S. A. R. la Serma. Sra. infanta D.^a Maria Luisa Fernanda una augusta prin-

FOLLETIN.

GENOVEVA. HISTORIA DE UNA CRIADA.

POR

A. de Lamartine.

(CONTINUACION.)

—Os doy mil gracias, le dijo cogiéndole la mano. Dicen que me habeis reemplazado con tanto afan al lado de mi pobre Juan, que si se cura de esta enfermedad, á vos deberé su salud en este mundo. ¿Qué podré hacer nunca para manifestaros mi agradecimiento, señorita? Ah! no tengo nada que daros.

cesa »

Extracto de las Reales órdenes, circulares y anuncios del Gobierno, que contiene el *Boletín oficial* del miércoles 3 del actual.

—Circular mandando á los Alcaldes remitan una nota demostrativa de los establecimientos de tiendas de abaceria, tabernas, fondas, mesones, posadas, gigones, bodegones, villares, cafés, casas de hospedage, establecimientos para alquilar carruages ó caballerias y otros análogos.

—Otra señalando el precio á que han de valorar los Ayuntamientos las especies que hayan suministrado las tropas del ejército y Guardia civil.

—Anuncio del denunció de la mina, Catalina

—Otro id. de la Remedios.

PRENSA PERIODICA.

Copiamos de *Las Novedades*:

—¿Quién sabe, pobre mujer? contestó Genoveva. Tal vez si Dios conserva la vida á vuestro marido, tendreis que darme tanto como yo os doy!

Pensaba al hablar así en el niño; pero Lucia no lo entendia.

—Y vos, señor, dijo Lucia volviéndose hácia mi, ¿qué podremos hacer nunca para pagaros la gran bondad que habeis tenido para con unos pobres como nosotros?

—El corazon es la moneda de los que no tienen otra, le dije con una sonrisa de ternura, con la que traté de ocultar mi inquietud sobre el estado de su marido; y es la mejor, como dice el Evangelio. Yo quedaré suficientemente pagado de lo que he hecho bajando de la montaña, y perdiendo algunos dias en Voiron, si Dios os vuel-

—*Entusiasmo por la música.* En Harttord, populosa ciudad de los Estados-Unidos, se ha presenciado hace poco una demostracion no muy agradable, de la cual ha sido causa involuntaria la demasiado célebre Jenny Lind. Un auditorio de cerca de dos mil personas se habia reunido en una iglesia para asistir á un concierto que debia dar la cantatriz sueca. Pero la muchedumbre era tambien impotente fuera del templo, en el cual queria penetrar. Los que estaban dentro, que habian pagado bastante caros sus billetes, hicieron todo lo posible para tener á raya á los de fuera, impidiéndoles oír los gorgoritos del ruiseñor; pero estos, viendo frustradas sus esperanzas, empezaron á gritar, promoviendo el mas espantoso alboroto. Las puertas y ventanas fueron hechas pedazos por la muchedumbre, que acometia por todas partes; y en aquel horrible tumulto Jenny Lind tuvo que suspender sus cantos y fugarse por una puerta secreta, dejando que sus furiosos admiradores, asi los que habian pagado como los

ve vuestro marido.

CXLVIII.

Pero ¡ahl! la Providencia no queria al parecer acceder á nuestros deseos con el restablecimiento de Juan. El dia noveno estaba agonizando. Se llamó á un sacerdote para que bendijera su despedida de la tierra. El médico ensayó inutilmente los últimos remedios. Se acercó á Genoveva y á Lucia que lloraban lo mismo una que otra á los pies de la cama; Lucia por su marido, y Genoveva por Lucia, á la que empezaba á amar como á una hermana.

—Es preciso que ese hombre maude llamar al escribano, dijo en voz baja á las mujeres; si no sabe escribir, no habrá dejado escrito en su casa testamento, y tiene

